

EL LICENCIADO DON FRANCISCO CASCALES

POR

EDUARDO CAÑABATE NAVARRO

Cronista Oficial de Cartagena

Por el año 1870, empezó a publicarse en Cartagena, una revista mensual científico-literaria que se titulaba «Cartagena Ilustrada».

En esta revista, que tenía un tamaño de 32 × 44 y que se imprimía en la Imprenta de L. Montells de Cartagena, publicó el escritor cartagenero D. Antonio García Alix el siguiente artículo sobre nuestro Licenciado Cascales que, por su estilo brillante, ofrezco para su nueva publicación en el centenario del ilustre historiador murciano:

«La historia nos presenta a cada paso en sus inalterables hechos, nombres célebres, que sólo con su enunciación, despiertan en el ánimo inclinado para celebrar las glorias de la madre patria, un mundo de sensaciones contrarias, que nos revelan el poder del genio, al mismo tiempo, que ponen en relieve la miseria de la vida, las mezquinas tendencias de nuestro natural y constante afán en los deseos que animan a la humanidad.

¡Cuán desconsolador es para el espíritu ambicioso de estímulo, descubrir en los tiempos pasados el talento rodeado de pobreza, la fama envuelta por la crítica infundada, la gloria eclipsada por el desdén!... ¡cuán angustioso recordar al hombre, que en lejana edad sacrificó su bienestar y su porvenir, en favor de un pueblo, para recojer en la vejez, espinas y desengaños!... ¡Cuán abigarrado el cuadro donde se dibuja el saber, sombreado por la desgracia, confundándose sus tintas de ordinario!

Una consideración más aumenta la intensidad del colorido negro de ese boceto, que contempla nuestra fantasía: éste se desprende de la idea depurado por la experiencia, que la profesión política del individuo suele influir a veces en el mérito de sus obras, adquiriéndole aplausos o prodigándole amargas penas; y en el momento, en que saturada nuestra men-



te de esa doctrina repugnante, quiere desechar sus consciencias, una ley invencible la obliga a ocultar sus investigaciones sumiéndola con su fuerza en una valla inexpugnable.

Entre los nombres de autores esclarecidos, que forman el rico florón de nuestra corona literaria, figura el del licenciado D. Francisco Cascales, nacido en Murcia en el año 1569, el cual rindió su homenaje a esa regla indicada, no sólo durante su vida, sino también cuando la inexorable parca hirió el hilo de sus días en la ciudad de Cartagena en 1614 a donde por palabras suyas se fue «por no vivir en Murcia pobre entre ricos, mal conocido entre caballeros; olvidado entre deudos y extranjero en su patria».

Tales palabras dichas con tanta sencillez como erudición, bastarían por sí a diseñarnos la belleza de carácter y pureza de sentimientos del autor, que deja entrever sus conocimientos históricos y su ilustración literaria tanto en su primer «Discurso» publicado en 1598, como en los «Históricos de Murcia», terminados en 1613 y sus «Cartas Filológicas» dirigidas a los grandes hombres de su época.

Pero sí bastaron esos trabajos para adquirir celebridad por entonces al primer historiador, que escribió la de su patria, y le tributaron palabras lisonjeras, entre otros, Gerardo de Franckerman, D. Nicolás Antonio y Salvador Jacinto Polo de Medina, conocido por su buen ingenio en su obra «Las Academias del Jardín», luego y en los tiempos modernos prescindiendo de los elogios del inmortal Lope de Vega, en su «Laurel de Apolo», de los de D. Diego Saavedra y D. Pedro de Valencia, Cronista mayor de los reinos de Castilla, los eruditos los apellidaron falsos cronicos y hasta quisieron arrebatarse el mérito de las «Cartas Filológicas», estampando no ha muchos años el Dr. D. José Fillot estas palabras:

«Las Cartas Filológicas de Cascales, impresas en 1634, forman tres décadas, versando las más sobre materias de erudición a que el autor no supo dar interés ni agrado, haciendo sólo notable una pedantería únicamente disculpable por su buen celo en fomentar la instrucción».

Bien da a entender estos sucesos el Licenciado Cascales en la dedicatoria de sus discursos a la ciudad de Murcia, parece que prevía esos acontecimientos, sin duda por las creencias que abrigaba respecto a las flaquezas del corazón humano y de la sociedad; su vida humilde, su trato excéntrico y los pocos recursos con que contara, le enseñaron a distinguir ese camino, que recorre el genio, lleno de punzadores espinas; sembrado de matorrales, que entorpecen el paso y proyectan sombras en cuya oscuridad se sumergen las más nobles aspiraciones. Por eso aclara allí la modestia, que sus obras distan de la perfección; que los defectos se hallan



en ellas, a pesar de haber invertido muchos años en su estudio y su pulimento.

El cultivo del arte poético y la enseñanza, ocuparon sus mejores años; en el Seminario de San Fulgencio de Murcia, enseñó latinidad; y semejante tarea fue sin duda la que le valió algún producto para subvenir a sus más precisas necesidades.

Con estos timbres no pudo adquirir ni riquezas, ni un puesto distinguido entre sus conciudadanos, aún cuando reconociesen todos en él excelentes dotes para levantar el nombre de su patria a un puesto elevado; murió tan pobre como había vivido sepultándose su cadáver en el convento de San Francisco de Cartagena, en donde se conservaba la inscripción fúnebre, hasta el año 1836 en que demolido aquél desapareció ésta.

Apenas quedan fuera de sus obras, que en la provincia circulan todavía con aceptación, reminiscencias de su saber elevado y talento esclarecido; no se conserva siquiera su sencilla biografía completa; pero la capital y los pueblos guardan su recuerdo y reproducen sus retratos con entusiasmo, con orgullo.

Admiran los productos de su inteligencia, en los cuales no saben si resplandece más la erudición que el trabajo; el amor al estudio y al bien general, que el deseo de ser útil a su país; y colocan su nombre en el catálogo de sus más afamados hijos, de aquellos que le dieron más renombre y mejor fama.

Y agradecidos a tan señalados favores le dedican siempre que pueden el pensamiento de su gratitud por boca de sus hijos, que entusiastas cultivan las bellas letras y acuden con el óbolo de su trabajo al gran festín de la ilustración y del progreso, con abnegación y sin pretensiones.

El delicado perfume que esparce en su redor la memoria de un hombre célebre, lo percibe nuestra imaginación, y él basta por sí solo, a traer un suspiro a su recuerdo y una sonrisa satisfactoria a su imprecadera fama».

Cartagena, febrero de 1873.

